

MARIANO AZUELA, *Avanzada*.—México, Ediciones Botas, 1940. 282 pp.

En ésta su más reciente novela—y posiblemente la última de su muy nutrida serie sobre la Revolución, ya que en ella nos pone al día respecto a la política revolucionaria de Cárdenas en cuanto afecta la vida, y especialmente el espíritu, de las grandes masas del país—Azuela repasa una vez más con ojo crítico y avizor los dos aspectos del programa de la Revolución que ha tratado ya en novelas anteriores: la política agraria y la cuestión obrera. El mismo protagonista, víctima de la “furia distributiva” de Cárdenas, sirve como nexo de las dos partes en que está dividida la obra y nos lleva consigo de la escena rural de la primera parte a otro ambiente en donde nos deja ver a las masas obreras en la misma esclavitud de antes, pero no ya esclavas del sistema feudal, sino de otro más moderno y más opresivo: el de los sindicatos. El argumento le proporciona al autor la oportunidad de historiar el actual desarrollo del programa de la Revolución y de atacar una vez más a los responsables del atraso y desvío—si no el fracaso—de estos dos principios fundamentales de que depende en mayor grado el bien de todo el país.

Es evidente, aun más que en *San Gabriel de Valdivias*, que Azuela simpatiza francamente con el hacendado “a quien la revolución de Carranza hizo caer en catalepsia” y a quien Cárdenas despertó “convertido en mendigo”. Resulta que no sólo el hacendado rico sino también el pequeño propietario han sido víctimas—y tanto—del conocido “liderismo babeante de estupidez” y de la rapacidad e ineptitud de las masas campesinas, incapaces de dominar la nueva técnica agrícola y de hacer que pague la tierra lo que en ella han invertido en maquinaria nueva. Pero si con todo esto parece que Azuela denuncia a la vez la política agraria y a los que de ella deben sacar provecho, no es porque sea reaccionario o porque dude del bien que redundará de este principio revolucionario, sino porque quiere llamar la atención sobre el hecho de que el campesino está muy mal preparado para encargarse del control y el desarrollo de la economía agrícola nacional. No es que Azuela haya perdido la fe en el campesino, “lo mejor de nuestro México”; pero, si confiesa francamente que, con todas sus buenas cualidades, no hay por qué esperar que lleve sobre sus espaldas todo el peso de un sistema agrícola que para sobrevivir necesita adaptarse a los métodos científicos modernos.

Esto es lo que se saca en claro de la tragedia del hacendado don Miguel y de los vanos intentos de su hijo Adolfo por implantar en las tierras solares la nueva técnica aprendida en los Estados Unidos y de luchar casi a solas contra “la cauda de langostas” que bajo la ley pronto logran despojarlos de todo. Pero Adolfo no acusa al campesino; comprende que es víctima de un sistema tradicional de vida impuesto por siglos de vasallaje feudal y de los infames líderes que se imponen bajo el nuevo feudalismo de una Revolución descarriada. Muertos los padres, abandona la tierra natal para unirse al proletariado. Hace un esfuerzo valiente por

entenderlo mejor para poder luchar más inteligentemente en su defensa y librarlo del odio sembrado por los politicastro. Va a la zafra y allí encuentra, sembrada muy honda en el alma de los obreros, la semilla de un odio que opone mexicano a mexicano, una clase social a otra. Son los sindicatos, los protectores de los derechos del obrero, quienes ahora tienen esclavizados a los trabajadores; y son los obreristas, "los eternos asesinos del pueblo", quienes han iniciado la lucha de sindicatos que los va enriqueciendo. Es esta mala planta del odio—en la que Azuela ve ahora el mayor peligro para la patria y el más vil de los frutos de la Revolución—la que Adolfo intenta desarraigar. Pero, como el padre—que había muerto del hondo dolor ocasionado por los agraristas—, el hijo no puede tampoco con el bandidaje legal, y es asesinado por los mismos líderes obreros cuya táctica se atrevió a condenar y a exponer. Esta fué la suerte de un héroe ennoblecido por los altos principios de la Revolución, el verdadero redentor de las masas. Su amigo Torres, víctima también de los oportunistas revolucionarios, no pudo compartir con él su optimismo y su alta fe en la redención del pueblo; escéptico y cínico, no pudo ni supo enfrentarse con la Revolución. La patria necesitaba de su inteligencia y su sacrificio; pero, como muchos, Torres se negó a responder a la llamada—se escapó, suicidándose. Y Margarita, la mujer de Adolfo, embarazada, quedó sola y ofuscada ante el futuro, rodeada de los amigos del difunto, "iguales en resignación, amenaza y espera, fundidos en la inmovilidad de una máscara pétrea", como cuando en otros tiempos velaban a "los difuntos, víctimas del amo y del cacique".

*Avanzada* es muy superior a *Regina Landa* y a *El camarada Pantoja*. Mejor construída, de un argumento más natural y mejor desarrollado, desmiente en gran parte la naciente creencia de que el crítico y reformador social iban sobreponiéndose enteramente al novelista y al artista: Azuela ha vuelto a cobrar en grado reconfortante el feliz equilibrio entre el fin moral-social y la expresión artística. Además, el ambiente de *Avanzada* no es tan superficial y falso como el de las novelas arriba mencionadas ni tan exageradamente sombrío: no se ha perdido todo mientras cuenta la patria con tipos como don Miguel, Adolfo, Margarita y doña Cuca, que están todos, dicho sea de paso, bien caracterizados. Y en muchas páginas resalta la fuerza descriptiva de otros años; la escena en el tren que lleva a la zafra a la masa incongrua recuerda las páginas memorables de *Las moscas*.

Azuela se muestra otra vez más como el crítico no tanto de la política y los principios revolucionarios, como de los agentes en cuyas manos acaban éstos torcidos y deformados, para el consiguiente mal del pueblo: sigue siendo el mismo denunciador de los oportunistas, igual que en los días de *Andrés Pérez, maderista*. Y es por eso precisamente por lo que el lector empieza a fijarse en que esto—o algo muy parecido—lo ha leído ya en otra novela anterior. La táctica de los oportunistas varía poco con los años y el programa revolucionario sigue también sin grandes modificaciones. A no ser que Azuela cambie de rumbo para

plantear los viejos problemas desde nuevos puntos de vista, es de temerse que caiga también él en la repetición al tratar del tema de la Revolución.

RAYMOND L. GRISMER, *Indice de Doce Mil Autores Hispanoamericanos*. —Nueva York, H. W. Wilson Co., 1939. xiv + 150 pp.

Esta es la edición española del Tomo I de la III Serie de las publicaciones de la Asociación Interamericana Bibliográfica y Bibliotecaria. A riesgo de parecer hiper crítico, me atrevo a dudar de la necesidad de traducir una obra bibliográfica, y mucho más una de esta índole, en que realmente lo único traducible es el prefacio: éste es corto y no enteramente indispensable para el uso inteligente del libro. Efectivamente, no se tradujo el cuerpo de la obra, dejando en inglés las únicas palabras, "see", "and", y "pseud.", que en él denuncian el texto original.

Sirviéndose de 130 antologías, bibliografías, historias, manuales, y hasta artículos, el bibliógrafo ha preparado un índice de todos los autores en ellos citados, para que sirva de guía a los estudiantes de la literatura hispanoamericana. Para la mayor conveniencia del investigador hay dos listas de los libros consultados: una en el orden alfabético de los nombres de los autores y otra en el orden alfabético de los símbolos usados en el texto. Cuando fué posible, se insertaron inmediatamente después del nombre las fechas de nacimiento y muerte del autor, el seudónimo—que aparece en su debido lugar alfabético—y el nombre del país natal.

El valor de esta obra es indiscutible, no sólo para los neófitos, sino hasta para los investigadores de experiencia. Dentro de las páginas de un solo libro aparecen ahora juntos unos doce mil nombres que desafiaban aun a los más familiarizados con la literatura hispanoamericana cuando se trataba de fechas, seudónimos, nacionalidad y fuentes de información. Como obra de consulta, pues, es indispensable. El que esto escribe acude a ella constantemente y gracias a ella ayer no más dió con el seudónimo "Júbilo" y se ahorró quién sabe cuántas horas de pesquisa.

Pero como toda obra de esta índole, la presente tiene sus limitaciones, inherentes al criterio puramente mecánico con que nos refiere a los libros consultados. No hubo intento alguno, desde luego, de hablarnos del mérito relativo de cada cita: en ella aparecen por igual el libro del cual cita no más que el nombre del autor y el libro del cual nos proporciona datos buenos e importantes. El exigir que para cada cita se adoptara un criterio de selección, hubiera sido pedir lo imposible. Sin embargo, podría haberse establecido un criterio más riguroso respecto a los mismos libros consultados. El haber incluido en esa lista muchos títulos más fácilmente accesibles y de mayor mérito crítico e informativo, hubiera garantizado una mayor y mejor selección de citas—y es